

# ALCANTARA

AÑO V

28 FEBRERO 1949

NÚM. 16

## LA BUSCA DE DIOS EN RILKE

Por EUGENIO FRUTOS CORTÉS

Por senderos estrechos, tortuosos, abriéndose paso, excavando en la roca viva de su propio espíritu, un hombre avanza, con ojos de fiebre, que tanto despiden noche como claridad. Las venas azules, entre el sudor que le pega los cabellos, estrían sus sienes, tal un relámpago de cielo entre el verdor oscuro de la selva. Y este hombre se llama—se llamaba—Rainer María Rilke.

¿Avanza verdaderamente? Enrollándose una y otra vez la cuerda de sus preocupaciones, el poeta de Praga se dispara como una peonza, y da vueltas sobre sí. Pero él se siente como un minero, cuyo filón es el día; el día que no se oculta en el fondo pétreo donde su alma mora. Y cava y cava. Dentro de la carne febril habita un niño rubio, un infante de cuento, cuyos ojos azules ensombrece la angustia de su tiempo; la angustia del tiempo que Kierkegaard había disccionado.

«Historias del buen Dios». Historias del precoz niño melancólico; del hombre maduro con ternuras infantiles. En ellas seguimos esta película del hombre angustiado, hipersensible, que busca a Dios por la gracia de la poesía, pero sin la luz de la gracia.

Este diario del afán de un alma, este itinerario espiritual de un viajero de ultramundo, ¿qué sentido puede tener para la generación de nuestro tiempo?

Porque él representa ya un pasado. Un último estremecimiento post-romántico, en el oscuro valle del simbolismo. La generación que mira «un huerto en tierra de rojez materna—estrellado de frutas ya maduras», un huerto donde la plasticidad de lo real ha suprimido las nieblas, no puede compartir esta búsqueda angustiosa por laberintos subastronómicos, subterráneos, subconscientes. El interés es lo que persiste. Se puede buscar de otra forma, y a la faz del sol. ¿Por qué Rilke no buscaba a Dios en campo abierto?

El demonio de los románticos se llama subjetivismo. Aquí reside la gran tentación. Al teólogo Schleiermacher no le preocupa Dios, sino el sentimiento de lo divino que los hombres tienen. Y Kierkegaard admiraba a Schleiermacher, un verdadero pensador al modo antiguo, según le llama. La angustia de Kierkegaard es psicológica. Esta falta de transcendencia, de objetivación es común a todo el

siglo XIX. En este molino Rilke daba vueltas, buscando a Dios en sí mismo.

Y no es que a Dios no se le pueda encontrar por este camino. Es la vía de los grandes místicos, como el mundo puede ser la vía de los ascéticos en que el sentimiento de la naturaleza es muy vivo, como en nuestro Fray Luis de Granada. El camino interior, que Santa Teresa tan felizmente ha seguido, se cimenta sobre una fe robusta y unos dogmas objetivos o bordea el abismo peligroso de los panteístas. Sólo con la gracia de Dios puede uno aventurarse por esta senda oscura; sólo su mano amiga y luminosa nos salva de los peligros. Rilke se aventuró sin luz, en la niebla de la duda de su tiempo, y así, tan pronto el mundo como su propio espíritu se le disfrazaban de Dios. Fué su *vateidad*—valga el neologismo—lo que salva sus atisbos geniales. En estos momentos felices, saltan chispas en la noche, y algún vivo resplandor ilumina el sendero. Pronto la oscuridad sin embargo se adensa y el poeta se debate en su angustia. Se debate entre sonrisas—hasta con ironía—, pero la lucha es demasiado viva para disimular las flores naturales de la sangre con flores artificiales de retórica.

Y así, presenta el diálogo un campo de frases en suspenso, como rosas cortadas. ¿Pasó un vendaval? ¿Qué viajero cruel las fué decapitando con varas finas de ingenua ironía?

En ocasiones el relato se remansa en una figura real; en ese mundo que podía haber sido vehículo hacia Dios. Son figuras deliciosas y humanísimas: la vecina, el paralítico. Pienso si el paralítico Ewald surgió en la imaginación de Rilke, subconscientemente, como una imagen de su mismo ser. El poeta no puede salir de sí; es un paralítico para el mundo objetivo, transcendente. Su yo es su centro y su límite. Vive dentro del propio cercado, donde solo crece un árbol, que, en la aparente variedad de su ramaje y de su flor, es siempre el mismo. Rilke da vueltas en su torno; aquí o allí quiere descubrir otra cosa, cree ya tenerla en la mano; ha descubierto a Dios... y sigue asído a su propio árbol. Entonces se enfurece y le golpea, y en venganza acomete la empresa suprema de desintegrarlo.

Pero la desintegración del yo conduce a la noche y no conduce a nada. O conduce al vacío de la libertad. Y esto puede ser un símbolo para todo el siglo pasado. ¿Qué le queda, que es Malte Laurids Brigge libre de los hombres y las cosas, disociado? Y sin embargo, los últimos epígonos románticos—me refiero a los que, como Rilke, han vivido ya en nuestro siglo—, sintieron frecuentemente este vértigo que les hacía lanzarse al abismo de la libertad. Yo mismo me encontré impulsado a narrar una «desgravitación». Mi desgravitado no hacía más que desenvolver estas palabras de Marcel Proust: «La vérité est que je n'appartiens guère a cette terre ou je me sens exilé; il faut toute la force de la loi de la gravitation pour m'y maintenir et que je ne m'évade pas dans une autre sphère». (Le coté de Germantes, I).

Ya sé que para Heidegger ese abismo de la libertad no es un despenadero, sino el fundamento último de toda ciencia y realidad,

pero un fundamento que se convierte en libre fundación, por virtud del cual, sin motivo y sin apelación, el hombre da o quita valor sin tener en cuenta lo que algo pueda valer en sí, bajo el absoluto imperio de la subjetividad.

La bella palabra «acatamiento»—así la califica B. Shaw por boca de su profesor Higgins—era una ligadura tan dolorosa para aquella «carne triste», de que se lamentaba el simbolista Stéphane Merimée, como el amor.

Justamente aquí es donde Rilke se salva. Porque él tiene *caridad*. ¿Podría en otro caso, venciendo el naturalismo, haberse planteado el problema de Dios? Para buscar la Fe no hay mejores antorchas que la Esperanza y la Caridad. Sea cualquiera la diferencia en el modo de buscarlo. En esto coincide Rilke con la generación presente: en la vuelta al tema de Dios. Desde aquel alerta de Ortega y Gasset con su «Dios a la vista», se han sucedido el artículo de Zubiri en la «Revista de Occidente» y los estudios de Julián Marias sobre Gratry y la traducción de su obra «El conocimiento de Dios», como indicio del interés de las generaciones presentes. El mismo Zubiri ha reiterado el tema en sus estudios sobre la teología paulina y la patrística de Bizancio. Y el pensamiento extranjero actual se debate con el tema, aun en los casos de ateísmo. Este interés fundamental nos aproxima a aquel alma atormentada, aunque nuestro camino y nuestro paisaje sean otros.

Porque a Dios se le ha buscado, según los hombres y las épocas, por el camino de la fe en la Teología, por el de la razón en la Teodicea, por el de la voluntad, al modo de San Ignacio, en la acción y en la disciplina, y por el del sentimiento, en la liturgia y en la vida de Jesucristo. Juzgo que la generación más joven sigue la vía de la voluntad, pero no falta quien escoja el camino del sentimiento.

Ahora bien, este camino último se aparta en dos direcciones: una, parte del yo, pero cruza por realidades exteriores de formas y verdades, que van sosteniendo y guiando sus frágiles puentes. Es el camino ortodoxo de los místicos católicos. Sólo dentro de la Iglesia este camino pierde sus peligros. El otro vuela sobre impresiones e imaginaciones; cuando cree asir el pasamanos de la verdad, ha cogido su propio corazón engañoso.

El corazón de Rilke se alzaba como una torre vetusta, con raíces de siglos de sentimiento religioso, pero bajo un cielo anubarrado de dudas; una torre socavada de nidos de animales nocturnos; impresionistamente disociada por el vuelo inquieto de los murciélagos y las aves de rapiña en su torno. Por la escalera vieja, de peldaños quejumbrosos y quebrados, podridos de humedad materialista, sube un hombre con riesgo de su vida y pasos precipitados: es Rainer María. Quiere llegar al campanario y ver cómo la aurora va hinchando la vela del cielo, y echar al vuelo las campanas y saludar con su Ave María. Pero cuando llega, en la oscuridad del recinto, advierte que se perdieron las campanas y los huecos están tapiados; ni cielo, ni aurora, ni toque de alba, ni «Avemaría». Sí, Avemaría sí. El no lo ve, pero sabe que allí está el cielo, que la aurora enciende

la rosa del mundo, que todos los días son día de días, y que Dios está allí. Dios le es vecino:

Tú, mi vecino Dios, si te importuno  
con duros golpes en la noche larga,  
es porque apenas oigo tu respiro  
y sé qué solo duermes en tu estancia.  
Si necesitas algo, allí no hay nadie  
que a tu tentar acerque un vaso de agua.  
Te escucho siempre. Hazme una breve seña.  
Muy cerca estoy de ti.

Así canta en «El libro de la vida monástica», pero nos engañaríamos si tomásemos esta vecindad por una verdadera transcendencia. Es Rilke mismo quien se siente su vecino, separado de sí por los sentidos, por la materia. Pero esta imagen de Dios le necesita y necesita ser llamada por él.

Sigue diciendo:

No nos separa  
más que un débil tabique, casualmente,  
pues suceder podrá que una llamada  
de tu boca o la mía  
lo derribe en silencio con sus alas.

De este tabique dice: «Con imágenes tuyas está hecho». Es decir, con las criaturas, donde se espeja Dios, pero que, al tiempo, le velan. El mundo se interpone entre Dios y el poeta, pero el soplo de la muerte—de esa muerte propia que a cada uno le madura dentro como un fruto y que él pedía—puede en cualquier momento derribarlo. De todos modos, Dios late en las formas de la materia y le late a cada uno dentro de su propio espíritu. ¿Dónde está? ¿En la aurora, en la tierra opaca, en la luz, en la voz no escuchada, pero presentida, de las campanas, en la propia angustia de su oscuridad? No lo sabe, no lo sabe; pero está. Algo se lo dice, algo grande, profundo, enternecedor: es el gran amor de caridad que le hincha su pecho, como a la vela remendada del viejo pescador una brisa joven; que le enciende su mente, como del rescoldo encenizado se levanta llama al soplo de los labios frescos de la moza que enciende el hogar.

Allí, en su angustiosa soledad, en su mente conseguida, ganada contra el mundo, Rilke precede a los que veían esa aurora, ahuyentaban los sombríos animales nocturnos y montarían las campanas, como pupilas habladoras en los ojos vacíos del campanario. El poeta vivió tiempos de adviento, pero no miró cuajadas las promesas. ¡Dichosos los que gocen de la Pascua y de la Epifanía!

✱

## CARTA A UN ESPAÑOL ANTIAMERICANO

*POMPEYO CRUZ es el sosias de un escritor del terruño. En 1909. Pompeyo Cruz, entonces con su propio nombre y patronímico, y, en plena adolescencia, irrumpe en la vida literaria provincial. En aquel renacimiento literario de principios de siglo que se sintetiza en ALMA EXTREMENA y BRISAS NUEVAS, aparecen sus primeros trabajos. BIBLIOTECA JUVENILIA es empresa suya en conjunción con otros muchachos de su época, desbordantes de impetu vital. EL NOTICIERO, EL ADARVE, EL BLOQUE, EL TIEMPO, ERA NUEVA, publican sus cuentos, poesías, ensayos. En 1913 quema sus naves y se absorbe en su tarea profesional. En 1922 reaparece en aquel empeño de alto rango de HISPANIA. En 1926 y 1929 sube a la tribuna del «Ateneo Cacerense». Y, nuevamente, se aísla en un silencio de años absorbido por sus tareas profesionales. En plena juventud y por azares de la profesión se fué a tierras próximas, cabecera y meridiano intelectual de la Alta Extremadura. Y, en 1942, por ese retorno a los orígenes que preside la vida humana, aparece en las páginas de EL ESPAÑOL con un ensayo EN TORNADO A BASTERRA y A LOS NAVIOS DE LA ILUSTRACION, a los que siguen POLEMICA DEL ESTILO. VICTORIA OCAMPO PRISIONERA DE FRANCIA y UNAMUNO EPISTOLAR (reproducido este último por el «Diario de la Marina», de la Habana, en su página literaria dominical), y, en «La Gaceta Regional de Salamanca» con AMERICA A LA VISTA, DEFENSA DEL SIGLO XIX y PRESENCIA DE UNAMUNO.*

*Ahora, entre las nieblas célticas, primero en el marco de las Rías Altas, y, después, en el de las maravillosas Rías Bajas, de cara al Atlántico que le trajo a España en nuestro último 98, POMPEYO CRUZ sigue en alerta vigilante la vida de Extremadura, desmesurada y cesárea, rodeado, por contraste, del paisaje de la terra enxebre, maizales, carballeiras, hórreos, tojos y de la belleza de las tierras litoráneas atlánticas.*

*POMPEYO CRUZ no es extremeño por nacimiento. Pero está más que secularmente vinculado a Extremadura por su linaje paterno y por su patronímico tan auténtica e incuestionablemente de nuestra tierra.*

*Estos comentarios eran indispensables para conocimiento del lector al iniciarse por POMPEYO CRUZ su colaboración en ALCÁNTARA.*

No puedo compartir su criterio sobre América y lo americano. Lo encuentro influido por el actual momento histórico y por las constantes políticas a lo largo de estos años últimos en los que, cruentamente, España ha tenido que reconstruirse del bárbaro seísmo que es toda contienda civil.

Nuestro pueblo ha vivido de espaldas a las realidades de América. Y hasta—me atrevería a decir—con un concepto peyorativo de lo americano, contagiado de la superhombria de nuestra gens de letras, para quienes los meridianos de la cultura de México, Buenos Aires y Río de Janeiro, tienen categoría subalterna, o alcanzan, a lo